

DISCURSO PRONUNCIADO POR LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
DOÑA SVETLANA ALEXIÉVICH CON MOTIVO DE SU
INVESTIDURA COMO DOCTORA *HONORIS CAUSA*¹

Excelentísimo Rector Magnífico de la Universidad de Granada, Pedro
Mercado Pacheco,
Ilustrísimo Dr. Enrique Federico Quero Gervilla,
distinguidos profesores,
queridos estudiantes y egresados,
damas y caballeros.

Quiero dar las gracias a la universidad por este enorme honor. A continuación, compartiré con ustedes algunas reflexiones a la vez que debato sobre mis propios libros y, especialmente, sobre el nuevo que estoy escribiendo en la actualidad...

**Frente al rostro de la catástrofe
(de la vida de las ideas moribundas)**

Ahora me veo en el papel de mis protagonistas, intentando contar mi vida como alguna vez lo hicieron ellos. Veo sus rostros ante mí, oigo sus voces. De toda la vida solo queda la palabra. Las ideas y las creencias mueren, sólo queda su huella en la palabra.

Esta huella no es eterna, cambia con el tiempo, está encadenada al tiempo. Mi padre era profesor de historia, vivió dos guerras y la caída de un imperio. Recuerdo sus palabras: «A lo largo de mi vida han reescrito la historia tres veces». No se puede creer en las ideas, son la materia más quebradiza. En la tierra perduran las tumbas de quienes murieron por

¹ Traducción del ruso realizada por Álvaro Berbel Rodríguez, Nina Kressova Iordanishvili y Benamí Barros García

una idea, pero la idea en sí ya no está. Esto lo podemos observar especialmente en nuestras vidas. Las ideas son quebradizas, ¿en quién confiar entonces? Yo confío en el Testigo. El arte no consigue ver muchas cosas en el hombre y se resiste a creer que la vida es la mejor novelista. Yo siempre dirijo mi oído hacia la calle, a los textos de la calle. Allí es donde busco.

Pasé mucho tiempo, media vida, escribiendo mi historia del imperio rojo y del hombre rojo. Iba de persona en persona escuchando al hombre «pequeño» hablar de sí mismo. Lo de «pequeño», obviamente, no es verdad, ya que él siempre hablaba de la muerte: de lo fácil que moría y de lo fácil que mataba. Un pequeño gran hombre. Detrás de él hay una enorme fosa común y un mar de sangre. Para nosotros la sangre es la medida de la grandeza; no la vida, la sangre. Y el fin de esta sangre es hacer que todos nos teman. Me he pasado media vida intentando averiguar por qué somos así. A todo el mundo le pregunto por la respuesta...

Mis labores de búsqueda comenzaron hace mucho tiempo. Incluso puedo, con miedo, reconocermé que fue en la infancia...

Vivíamos en un pequeño pueblo. Soy hija de padre bielorruso y madre ucraniana. Hacía poco que había terminado la Segunda Guerra Mundial. En el pueblo sólo vivían mujeres, ancianos y niños, los hombres jóvenes no regresaron del frente. De las guerrillas. En algún lugar, en los bosques, quedan tumbas de partisanos cubiertas de maleza; por eso aún hoy no me gusta ir al bosque a por setas o sentarme en las lomas. Allí hay huellas humanas por todas partes... Durante las grandes catástrofes las personas suelen desaparecer sin dejar rastro y rápidamente se convierten en naturaleza.

Por la noche, tras una dura jornada de trabajo, las mujeres se reunían en los bancos cercanos a sus *jatas*, a sus casas, y hablaban de la guerra: de

cómo sus jóvenes maridos se habían ido al frente o a las guerrillas. Hablaban de amor. Aquel amor a menudo duraba una sola noche; por la mañana ya tenían que partir hacia los bosques. A un destacamento partisano. Los partisanos morían pronto. Yo escuchaba y escuchaba... Lloraba con las mujeres. Lo que contaban era más interesante que los libros, de los que estaba repleta nuestra casa. Era más interesante y aterrador que los libros, lo recuerdo, el hecho de cómo a mi mente infantil le hechizaba ya la muerte. Es un misterio que me inquieta hasta el día de hoy. Allí, en los bancos del pueblo, aprendí a confiar en la voz humana, a confiar en las historias contadas de viva voz, incluso diría «de vivo corazón». Allí me di cuenta de que el sufrimiento es una forma especial de transmitir información. Y de que el dolor es un arte; especialmente, de nuevo, en nuestras vidas llenas de tristeza. Ningún libro ha conseguido emocionarme tanto como me sigo emocionando con la voz humana.

Qué palabras tan inolvidables encontraban aquellas mujeres. Aquellas palabras y aquellas voces permanecen todavía en mi memoria. Cuando escribo mis libros, busco palabras así de estremecedoras. Estremecedoras por la belleza y el horror de la vida.

Voy a hablar un poco sobre cómo escribo... Sobre la escritura en sí... Yo trabajo con la historia omitida, la historia pequeña, la historia del alma humana y no con la de un acontecimiento. La gran historia menosprecia la pequeña, ni siquiera la advierte. Para cada libro encuesto a entre 300 y 500 personas. Solo una pequeña parte de lo que escucho pasa a formar parte del libro. Para contar historias también se requiere talento, algo que no todo el mundo tiene, si bien cada uno de nosotros esconde una parte del misterio de nuestras vidas. A algunos esta verdad les da para media página, a otros para diez. Cualquier conversación comienza con que tengo que abrirme paso por una espesura de banalidades hasta poder llegar al alma de la persona sin que esté abarrotada de propaganda, de televisión. Existen personas-televisor que no escuchan su alma. Su alma

es el Estado. A veces te pasas todo el día en una casa para conseguir una única frase: «Fui al frente siendo tan pequeña que durante la guerra crecí un poco»². En esta frase se encierra todo: la persona y el tiempo. Recuerdo que, cuando estaba escribiendo el libro *La guerra no tiene rostro de mujer*, sobre las mujeres en la guerra, fui a Moscú a ver a una antigua tanquista. Antes de contarme una historia impactante pasó mucho tiempo preguntándome: «¿Pediste permiso para nuestra conversación en el Consejo de Veteranos? ¿Comentaste el tema con ellos?». «¿Para qué necesito a sus generales? Quiero escucharle a usted. Es su vida», bromeé. Se quedó confusa. Gente que había recorrido media Europa y que había derrotado al fascismo volvía a casa y dócilmente se metía en el establo. ¿Por qué nuestro sufrimiento no se convierte en libertad? Otra pregunta más.

Yo era joven, ellas ya mayores. Creo que esa diferencia de edad facilitó la calidez y confianza por su parte, me hablaban como si fuera su hija. Pero hubo un detalle insoportable al final del encuentro. Cada una de ellas repetía como un conjuro: «Te lo hemos contado con toda el alma, para que tú, niña, puedas comprender lo duro que fue para nosotros. Teníamos unos 17-20 años, y había sangre y muertos en fosas. Durante la retirada, a los caídos simplemente los arrojaban a las fosas, los cubrían con ramas y los tapaban con tierra. Pero, tú no escribas sobre eso, escribe sobre la gran hazaña del pueblo soviético. A ti te han formado en la universidad...». Cuando salió el libro era la época de la perestroika, de los grandes cambios, y la sociedad aceptaba la verdad con entusiasmo. Pero mis heroínas al principio lo recibieron con descontento: les parecía que no había suficiente heroísmo en el libro. Recuerdo cómo una de ellas me escribió en una carta: «Para mi hijo yo era una heroína, ¿y quién soy ahora? Has dejado de lado toda la grandeza».

² Frase tomada de la obra de la autora *La guerra no tiene rostro de mujer*, en traducción de Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González para la editorial Debate.

El sufrimiento resultó estar por encima del ser humano. Ni la sociedad ni las propias personas cayeron en esto. Todo, como es habitual en un sistema totalitario, la vida humana fue absorbida por el Estado. A la persona le dejaron un solo derecho: el derecho a morir por ese Estado. He conocido a pocos valientes que hayan escapado de su tiempo. Sólo unos pocos. El documento del alma está vivo, crece o se reduce con el tiempo. Son precisamente estas historias vivas a las que yo me dedico. Misteriosas, a menudo esquivas. En mi libro *El fin del Homo Sovieticus*, el protagonista confiesa que, de todos los interrogadores por cuyas manos pasó en el gulag, la más cruel fue una mujer joven. Cuando lo torturaban en presencia de ella, se volvía incluso hermosa, experimentando una evidente excitación sexual. A veces sentía que esta verdad era una carga que me superaba. Cada uno de mis libros es un largo viaje hacia mí misma y hacia la gente. No, no nos resulta tan sencillo aprehender el mundo. Y yo no soy una supermujer. Entro en una casa y empezamos a hablar absolutamente de todo, sin preguntas preparadas de antemano. El flujo espontáneo de la conversación da libertad. Estás más preparado para lo inesperado, listo para cualquier giro en el pensamiento ajeno. La conversación puede tomar una dirección totalmente inesperada. Si preguntas con rigidez, la persona no terminará de abrirse...

A veces me pregunto si estas personas serían igual de francas ahora que el país vuelve a cerrarse al mundo. Y el gran mundo pasa de largo.

No me limito a anotar. Recabo información, rastreo al espíritu humano allá donde el sufrimiento convierte a un hombre pequeño en un gran hombre. Este pequeño gran hombre es mi héroe. Testigo de un gran acontecimiento... ¿Cómo nació mi género? ¿Por qué elegí precisamente este género consistente no en inventar ni fantasear, sino en escuchar y anotar? El género de las voces. ¿Por qué precisamente este género? Porque sólo el alma consigue seguir el ritmo del tiempo, y ni siquiera siempre. Toda la persona no lo consigue.

Recuerdo cómo empezó mi primer libro, *La guerra no tiene rostro de mujer*. Por aquel entonces trabajaba como periodista para un importante periódico. Me encargaron que escribiera una crónica sobre una exfrancotiradora para el próximo Día de la Victoria. María Ivánovna Morózova. Francotiradora, una profesión poco habitual entre las mujeres en la guerra. Cuando por fin encontré el edificio, una vieja *jrushchovka* sin ascensor, y me abrió la puerta una mujer de baja estatura con una trenza a modo de corona alrededor de la cabeza, no pude ocultar mi sorpresa, porque en mi mente tenía una imagen muy diferente. «Bueno, mido un metro y cincuenta y siete centímetros», dijo María Ivánovna entre carcajadas al ver mi sorpresa. «He matado a setenta y siete alemanes³. Tengo la Orden de la Gloria. Te la enseñaré». Se sentó en un sillón, se cubrió la cara con las manos y empezó a contarme cómo aprendieron ellas, las chicas, a matar:

«Salimos por primera vez de “caza” (así lo llaman los francotiradores). Mi compañera era Masha Kozlova. Nos camuflamos. Nos tumbamos. Yo me encargaba de la vigilancia; Masha, del fusil. Y, de repente, Masha me dice:

- ¡Dispara, dispara! Mira, un alemán...

Yo le respondo:

- Yo estoy vigilando, dispara tú.

- Entre que nos ponemos o no de acuerdo —dijo ella—, se va a escapar.

Y yo seguía con lo mío:

- En primer lugar, tenemos que hacer un mapa de tiro, fijar puntos de referencia: dónde hay un granero, un abedul...

- ¿Vas a sacar ahora toda la teoría como si estuvieras en el instituto? ¡No estamos aquí para la teoría, estamos aquí para disparar!

Comprendo que Masha ya se está enfadando conmigo.

- Así que dispara, ¿a qué esperas?

³ En ruso usa el término despectivo *фрицы*.

Estábamos con el tira y afloja. Y, en ese mismo instante, veo a través de la mira telescópica que el oficial alemán estaba dando instrucciones a los soldados. Permanece un rato y luego desaparece. Nosotras, discutiendo. Comprendo que un poco más y le perderíamos de vista. Lo vamos a dejar escapar. Y, cuando reaparece, decido disparar. Tomo la decisión y, de repente, un pensamiento: es una persona, aunque sea un enemigo, pero es una persona, y de alguna forma mis manos empezaron a temblar, un temblor, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Una especie de miedo... Una sensación que vuelvo a sentir a veces en mis sueños. Es fácil disparar al blanco, pero resulta aterrador matar a una persona. Algo dentro de mí se resistía... no me dejaba decidirme... Pero hice acopio de valor y apreté el gatillo. Él zarandeó los brazos y cayó. Si estaba muerto o no, no lo sé. Pero el miedo se apoderó de mí: ¿¡había matado a un hombre!? Me tenía que hacer a esta idea. Sí... En pocas palabras, fue espantoso. Vomité, apenas pude volver a la unidad. Todo el día siguiente lo pasé tumbada con mucha fiebre. Después de eso, participé en combates cuerpo a cuerpo. Cuando peleas cuerpo a cuerpo, te apuñalan en el ojo... En la boca... No es matar el trabajo de una mujer. Tenía que persuadirme. Convencerme. (Guarda silencio durante un tiempo) ¿Habría sido capaz de hacerlo hoy? No lo sé. Ahora ya amo la vida. No deseo morir. Entonces nos educaron con la idea de que la Patria estaba por encima de nuestra vida».

El editor suprimió esta parte de mi material. Me llamó a su despacho y me dijo: «¿Qué clase de heroína soviética es esta? Mírala, vomita y llora por matar a un alemán. No habríamos ganado de ser con gente así.

En otra ocasión me quitó el siguiente fragmento: «Nos retirábamos... Al pasar la ciudad de Smolensk, una mujer me alcanzó su vestido, pude cambiarme. Antes con unos pantalones militares y ahora con un vestido de verano. Del nerviosismo y la tensión me empezaron esas cosas de mujeres... ¡Qué rabia! ¡Qué vergüenza! Dormíamos bajo arbustos, en zanjas, en el bosque sobre tocones. Éramos tantas que no cabíamos en el

bosque. Caminábamos confusas, engañadas, sin confiar en nadie... ¿Dónde está nuestra aviación? ¿Dónde están nuestros tanques? Todo lo que vuela, se arrastra o traquetea... todo era alemán. Así fue como me hicieron prisionera. El día antes de caer prisionera se me dañaron gravemente las dos piernas... Tenía que permanecer tumbada, orinándome encima... No sé con qué fuerzas conseguí arrastrarme por la noche hasta el bosque. Los partisanos me encontraron de casualidad». El editor me llamó de nuevo a su despacho: «Está humillando a la mujer soviética con un naturalismo primitivo. A una mujer que es una heroína. Las está degradando. Y ellas para nosotros son santas».

Este conflicto se repitió en repetidas ocasiones. Todo lo vivo desaparecía de lo que yo escribía. Un día junté esos fragmentos y los leí. Ahí comprendí que así debía ser mi libro: sobre lo que ha sido tachado y recortado, sobre lo que no está legitimado por el sistema, sobre lo que está oculto a nuestros ojos. Sobre lo que vive en los pensamientos, en el alma de las personas, en las conversaciones con nuestros seres queridos a los que no les asusta decir la verdad. Lo que una persona en los «tiempos oscuros» esconde dentro de sí. Existe una literatura visible y una literatura invisible; la segunda vive en otras formas. Es toda una capa de vida paralela.

En mi último libro, que completa el ciclo *Voces de la utopía*, añadí como subtítulo *El fin del hombre rojo*. ¡Qué románticos éramos todos no hace tanto tiempo! Qué poco sabíamos del hombre. No sabíamos todo lo que este esconde. Treinta años después llegué a Moscú y en el andén, al bajar del tren, oí a unos jóvenes medio borrachos que gritaban canciones de guerra y gritaban: «¡Que nos devuelvan Kiev! ¡Tomaremos Kiev en tres días!». Los voluntarios se dirigían a la guerra, acompañados con felicidad por sus amigos y familiares. Un sacerdote leía una oración, bendiciéndolos para la hazaña...

Me sumergí de lleno en una Rusia que no conocía, la Rusia que yo tanto amaba era otra. Recordaba las palabras que había oído más de una vez en el tren: «Me doy cuenta de que estoy lleno de odio. Odio a los ucranianos⁴». Mi pregunta: «¿Por qué los odias?». Respuesta: «Los odio y ya está».

¿Quién dispara en Ucrania? Es nuestro pasado el que dispara en Ucrania, un pasado con el que no supimos arreglárnoslas.

Todo era sencillo mientras luchábamos contra los comunistas. En los años 90 íbamos por las plazas y proclamábamos: «¡Libertad! ¡Libertad!», pero no entendíamos lo que era la libertad. Si una persona ha estado en un campo de concentración toda su vida y ahora la liberan, no será un hombre libre de inmediato tras salir por las puertas del campo. No es un hombre libre. Ha oído que en alguna parte existe ese concepto: la libertad. Pero no sabe lo que es, sólo conoce la palabra. Nos parecía que la libertad estaba a la vuelta de la esquina, que una vez sin los comunistas llegaría por sí sola. El artista Ilya Kabakov lo explicó muy bien, nos diagnosticó a nosotros y a nuestro tiempo: «Cuando luchábamos contra el comunismo —dijo—, estábamos unidos. Éramos hermosos. Y ahora que hemos derrotado al comunismo, ese monstruo, miramos a nuestro alrededor y hay ratas por todas partes. Todo lleno de ratas. No sabíamos cómo luchar contra las ratas. No teníamos esa experiencia. Tampoco existía en nuestra cultura».

Y las ratas nos derrotaron. Todo lo que tenemos, lo que está oculto en el interior del hombre, excepto la idea, salió a la superficie. Una fuerza que ni siquiera sospechábamos estaba limpiando al hombre.

Viajé mucho por la antigua Unión Soviética... En Moscú y San Petersburgo oía: «El comunismo ha muerto». pero bastaba con alejarse 200-300 kilómetros de la capital y decían otra cosa: «Si Stalin levantara

⁴ En ruso se usa el término despectivo *хохлы*.

la cabeza. Necesitamos a Stalin. Necesitamos mano dura en nuestro país». Poco a poco los bustos de Stalin volvieron a estar en su sitio. Aparecieron nuevos museos de Stalin. Libros sobre Stalin. El socialismo murió, pero la gente del socialismo permanecía. Gente resentida, porque Rusia les fue robada. Rusia fue dividida sin ellos. Buscaban la salvación en el pasado.

Y este pasado dispara hoy en Ucrania. El fascismo de Putin se está colando lentamente en el país. El país ha vuelto a lo que sabe hacer. ¿Qué sabe hacer un hombre que acaba de salir de un campo de concentración? Sabe matar y sobrevivir en condiciones inhumanas. No sabe vivir. Varlam Shalámov escribió que la experiencia del campo corrompe por igual al verdugo y a la víctima. Todavía tenemos que entenderlo y padecer. Pero una cosa hemos aprendido: el camino hacia la libertad es largo.

La primera en caer fue mi pequeña Bielorrusia. Está ocupada. Los proyectiles vuelan de Bielorrusia a Ucrania, despegan los aviones que bombardean las ciudades ucranianas, los tanques rusos marchan a través de Bielorrusia hacia las fronteras ucranianas... En Bielorrusia se reparan los equipos militares rusos después de las batallas, se atiende a los heridos en los hospitales.

«La maquinaria estalinista era historia, ahora es nuestra vida», me dijo una estudiante rusa que había huido de Rusia para evitar ser detenida. La maquinaria estalinista funcionó rápidamente. Los estudiantes denunciaban a los profesores, los maestros traicionaban a los alumnos, los científicos eran juzgados por espionaje, por alta traición... Por salir una persona con una pancarta de «¡No a la guerra!», por salir solo y estar de pie en solitario entre la multitud ya está en peligro. Al sistema no le gustan los fallos.

Mi historia del «hombre rojo» continúa. Busco las palabras... Estoy escribiendo un nuevo libro: ¿Cómo nace el fascismo? ¿Quiénes son sus partícipes? Y resulta que sus partícipes y cómplices somos todos nosotros, los que no hace tanto gritábamos en la plaza «¡Libertad! ¡Libertad!» y derribábamos los monumentos bolcheviques a los líderes. El libro trata de por qué y cómo puede ocurrir eso. Con exactamente las mismas personas.

Os doy las gracias y confío en que en esta sala hay muchos con mi misma forma de pensar. Somos muchos en todas partes, así que el retroceso de la democracia es temporal. Cada uno de nosotros confía en esto.

No se puede vencer al tiempo.

Величественный ректор Гранадского университета Педро Меркадо Пачеко,
 Достопочтенный доктор Энрике Федерико Керо Хервилья,
 Выдающиеся профессора,
 дорогие студенты, старшекурсники и выпускники,
 дорогие дамы и господа.

Хочу поблагодарить университет за оказанную мне высокую честь. Вот несколько мыслей, которыми я хотела бы с вами поделиться, сама размышляя о своих книгах, особенно о новой книге, которую сейчас пишу...

Перед лицом катастрофы

(из жизни умирающих идей)

Я сейчас оказалась в роли своих героев, как когда-то они, пытаюсь рассказать свою жизнь. Передо мной их лица, я слышу их голоса. От всей жизни остаётся только слово. Идеи и суеверия умирают остаётся только их отражение в слове. Отражение непостоянно, оно зависит от времени, оно на цепи у времени. Мой отец был школьный историк, он пережил две войны и распад империи, помню его слова: «За мою жизнь историю переписывали три раза». Идеям верить нельзя, самая непрочная материя. На земле остались могилы, погибших за идею, а самой идеи уже нет. В нашей жизни это особенно видно. Идеи непрочны - кому верить? Я верю – Свидетелю. Искусство о многом в человеке не догадывается и неохотно верит, что жизнь лучший романист. Моё ухо всегда повёрнуто к улице, к текстам на улице. Я ищу там.

Свою историю красной империи и красного человека я писала долго – полжизни. Шла от человека к человеку и слушала, как

маленький человек сам рассказывал о себе, это, конечно неправда, что он маленький, потому что он всё время говорил о смерти: как он легко умирал и как он легко убивал. Маленький большой человек. Позади у него огромная братская могила и море крови. Кровь у нас - мерило великости, не жизнь, а кровь. А цель этой крови, чтобы нас все боялись. Полжизни пытаюсь разобраться, почему мы такие? У каждого спрашиваю ответ...

Мои поиски начались давно, даже могу самой себе со страхом признаться – в детстве.

Мы жили в маленькой белорусской деревне. Мои родители: отец – белорус, мать – украинка. Недавно кончилась Вторая мировая война. В деревне жили только женщины, старики и дети, молодые мужчины не вернулись с фронта. Из партизан. Где-то в лесах остались заросшие партизанские могилы, поэтому я до сих пор не люблю ходить в лес за грибами, сидеть на бугорке. Там везде человеческие следы... Во время больших катастроф люди часто исчезают бесследно и быстро становятся природой.

Вечером после тяжёлого рабочего дня на скамеечках возле своих хат собирались женщины и говорили о войне: как уходили их молодые мужья на фронт или в партизаны. Говорили о любви. У той любви часто была одна ночь, утром уже надо было уходить в леса. В партизанский отряд. Партизаны гибли быстро. Я слушала, слушала... Плакала вместе с женщинами. То, о чём они говорили было интереснее книг, которыми был полон наш дом. Было интереснее и страшнее книг, я помню, как моё детское сознание зачаровывалось смертью. Эта тайна волнует меня до сих пор. Там, на деревенских скамеечках, я научилась доверять человеческому голосу, доверять истории «с голоса», я бы попробовала сказать – с живого сердца. Там же я поняла, что страдание – это особый способ передачи информации. А боль – это искусство, опять же

особенно в нашей жизни, полной печали. Ни одна книга не заставляла меня волноваться так, как я до сих пор волнуюсь от человеческого голоса.

Какие незабываемые слова находили эти женщин, эти слова, эти голоса до сих пор в моей памяти. Когда пишу свои книги, ищу именно такие потрясённые слова. Потрясённые красотой и ужасом жизни.

Расскажу немного, как я пишу... О самом письме... Я занимаюсь пропущенной историей, маленькой историей, историей человеческой души, а не события. Этой маленькой историей большая история пренебрегает, она не замечает её. Для каждой книги я опрашиваю 300 – 500 человек, в книгу входит малая часть того, что я услышала. Рассказ тоже требует таланта, он не у каждого есть, хотя каждый обладает частичкой тайны нашей жизни. У кого-то на полстранички хватает этой правды, у кого-то на десять страниц. Любой разговор начинается с того, что надо продираться через толщу банальностей, пока доберусь до души человека, не захламлённой пропагандой, телевизором, есть люди телевизора, они не слышат своей души, их душа – государство. Иногда целый день просидишь в доме ради одного предложения: «Я такая маленькая пошла на фронт, что за войну даже подросла». В этом предложении есть всё: и человек и время. Помню, как писала книгу «У войны не женское лицо», о женщинах на войне и приехала в Москву к бывшей танкистке, историю я потом услышу потрясающую, но перед этим она долго допрашивала меня: «Взяла ли я разрешение на наш разговор в Совете ветеранов? Уточнила ли с ними тему?» - «Зачем мне ваши генералы? Хочу послушать Вас. Это Ваша жизнь» - пошутила я. Она растерялась. Люди прошагавшие пол-Европы и сломившие фашизм, вернулись домой и послушно стали в стойло. Почему наши страдания не конвертируются в свободу? – ещё один вопрос.

Я была молодая, они в возрасте, думаю эта разница в годах обеспечила теплоту и доверие с их стороны, они говорили со мной, как с дочерью. Но пугающая, невыносимая деталь в конце встречи: каждая повторяла, как заклинание: «Мы тебе, как на духу все рассказали, чтобы ты, девочка, поняла, как нам тяжело было. Нам же по 17-20 лет, а тут кровь и ямы с убитыми, когда отступали павших просто сбрасывали в ямы, закрывали ветками и засыпали землей. Но ты пиши не об этом, пиши о великом подвиге советского народа. Тебя же в университете учили...» Когда книга вышла, это было время перестройки, больших перемен, общество приняло правду с восторгом, а мои героини были первое время недовольны, им казалось, что в книге мало героического. Помню, как одна написала мне в письме: «Для своего сына я была героиня, а кто я теперь? Всё великое у вас пропало.»

Страдания оказались выше человека, они не осмыслились ни обществом, ни самими людьми, всё, как обычно в тоталитарной системе человеческая жизнь присваивалось государством. Человеку оставляли только одно право – право умереть за это государство. Смелых людей, которые выскочили из своего времени, я встречала мало. Единицы. Документ души – он живой, он растёт или уменьшается вместе со временем. Этими живыми существами я и занимаюсь. Таинственными, часто неуловимыми. В моей книге «Время секунд-хэнд» герой рассказывает, что из всех следователей, в чьих руках он побывал в ГУЛАГе, самой жестокой была молодая женщина. Когда при ней его мучали, она становилась даже красивой, явно испытывая сексуальное возбуждение. Иногда мне казалось, что эта правда непосильная для меня ноша. Каждая моя книга – это долгий путь к себе и к людям. Нет, мир не так легко познаваем. И я не суперженщина. Я прихожу в дом, и мы начинаем говорить обо всём на свете, без подготовленных заранее вопросов. Случайное течение разговора даёт свободу. Ты больше

готов к неожиданностям, готов к любому повороту чужой мысли. Разговор может уйти в совершенно неожиданную сторону. Если жёстко выпрашивать, человек не откроется весь...

Иногда думаю: были бы эти люди так откровенны сейчас, когда страна снова закрывается от мира. Большой мир проплывает мимо неё.

Я непросто записываю. Я собираю, отслеживаю человеческий дух там, где страдание творит из маленького человека большого. Вот этот маленький большой человек моей герой. Свидетель большого события... Как родился мой жанр, почему я выбрала именно этот жанр – не выдумывать, не фантазировать, а слушать и записывать? Жанр голосов. Почему именно этот жанр? Потому что только душа успевает за временем, и то не всегда. Весь человек не успевает.

Помню, с чего началась моя первая книга «У войны не женское лицо». Я тогда работала журналистом в большой газете. Мне дали задание к очередному Дню Победы написать очерк о бывшей снайперше. Марии Ивановне Морозовой. Снайпер – редкая женская профессия на войне, когда я разыскала старую «хрущёвку» без лифта и дверь мне открыла маленькая женщина с девичьим венцом длинной косы вокруг головы, я не смогла скрыть свое удивление, потому что в голове у меня был другой образ. «А мой рост метр пятьдесят семь сантиметров, - увидев моё удивление, рассмеялась Мария Ивановна. – Семьдесят семь фрицев убила. Орден Славы имею. Покажу.» Села в кресло, закрыла лицо руками и начала рассказывать, как они, девчонки, учились убивать:

«Вышли первый раз на «охоту» (так у снайперов это называется), моей напарницей была Маша Козлова. Замаскировались. Лежим. Я веду наблюдения, Маша – с винтовкой. И вдруг Маша мне: - Стреляй, стреляй! Видишь, немец...

Я ей отвечаю:

- Я наблюдаю. Ты стреляй!

-Пока мы тут выяснять будем, - говорит она, - он уйдёт.

А я ей своё:

- Сначала надо стрелковую карту составить, ориентиры нанести: где сарай, берёзка...

- Ты будешь, как в школе, разводить бумажную волокиту? Мы приехали не бумажками заниматься, а стрелять!

Вижу, что Маша уже злится на меня.

- Ну так стреляй, что ты?

Так мы пререкались. А в это время, действительно, я же вижу в оптический прицел, немецкий офицер давал солдатам указания. Постоит немного и скроется. Мы спорим. Я понимаю, что ещё немного и мы его прохлопаем. Его упустим. И когда он снова появился – я решила стрелять. Решилась и вдруг такая мысль мелькнула: это же человек, хоть он враг, но человек, и у меня как-то начали дрожать руки, по всему телу пошла дрожь, озноб. Какой-то страх... Ко мне иногда и сейчас во сне возвращается это ощущение. Стрелять по мишеням легко, а убить человека страшно. Внутри меня что-то противилось...не давало решиться... Но я взяла себя в руки, нажала спусковой крючок. Он взмахнул руками и упал. Убит он был или нет, не знаю. Но у меня страх появился – я убила человека?! К самой этой мысли надо было привыкнуть. Да... Короче – ужас. Меня начало тошнить, еле смогла вернуться в часть. Весь следующий день я лежала с высокой температурой. После я и в рукопашной была. В рукопашной колют друг друга в глаз...в рот... Не женское это дело – убивать. Надо было себя убеждать. Уговаривать. (Долго молчит.) Смогла бы я сегодня это сделать? Не знаю. Я уже люблю жизнь. Умирать не хочется. А тогда мы были воспитаны в идее, что Родина выше нашей жизни.»

Из моего материала редактор этот кусок выбросил. Вызвал меня у себе в кабинет: что это, мол, за советская героиня, её, видите ли,

тошнит, она, видите ли, плачет, потому что фрица убила. С такими мы бы не победили.

В другой раз он выбросил у меня такой кусок: «Мы отступаем... За Смоленском какая-то женщина вынесла мне свое платье, я успеваю переодеться. То была в военных брюках, то иду в летнем платье. У меня от волнения, от нагрузок начались эти наши женские дела... Обидно! Стыдно! Под кустами, в канавах, в лесу на пнях спали. Столько нас было, что места всем в лесу не хватало. Шли мы растерянные, обманутые, никому уже не верящие... Где наша авиация, где наши танки? То, что летает, ползёт, гремит – все немецкое. Такая я попала в плен. В последний день перед пленом перебило ещё обе ноги... Лежала, под себя мочилась... Не знаю, какими силами уползла ночью в лес. Случайно подобрала партизаны.» Редактор вызвал опять к себе: «Вы унижаете советскую женщину примитивным натурализмом. Женщину – героиню. Развенчиваете. А они у нас – святые.»

Этот конфликт повторялся много раз. Все живое исчезало из того, что я писала. Однажды я собрала эти куски вместе и прочла. И поняла – вот такой должна быть моя книга: из того, что вычеркнули и сократили, что не узаконено системой, прячется от наших глаз. Что живет в мыслях, в душах людей, в разговорах с близкими, которым не опасно говорить правду. Что человек в «тёмные времена» прячет в себе. Есть видимая литература и невидимая литература, вторая живёт в других формах. Это целый пласт параллельной жизни.

В последней своей книге, завершающей цикл «Голоса Утопии», я сделала подзаголовок – «конец красного человека». Какими же мы все были романтиками ещё недавно! Как мы мало знали о человеке, мы не знали, что в человеке много всего. Через тридцать лет я приехала в Москву и на железнодорожном перроне, когда вышла из

поезда, услышала, как подвыпившие молодые ребята орали военные песни и кричали «Даёшь Киев! Возьмем Киев за три дня!» Добровольцы ехали на войну, их весело провожали друзья и родственники. Священник читал молитву, благословляя на подвиг...

Я окунулась в Россию, которую не знала раньше, я любила другую Россию. Вспоминались слова, не один раз услышанные в поезде: «Я замечаю, что полон ненависти. Ненавижу хохлов» Мой вопрос: «За что ненавидишь?» - Ответ: «Ненавижу и всё».

Кто стреляет в Украине? Это наше прошлое стреляет в Украине, с которым мы не разобрались.

Все было просто, пока мы боролись с коммунистами. В 90-ые годы ходили по площадям и скандировали: «Свобода! Свобода!», но не понимали, что такое – свобода. Если человек всю жизнь сидел в лагере и вот его выпустили, выйдя за ворота лагеря, он не будет сразу свободным человеком. Это не свободный человек. Он наслышан, что где-то есть эта материя – свобода. А что это такое – он не знает, знает только слово. Нам казалось, что свобода вон там за поворотом, без коммунистов она придёт сама по себе. Когда-то об этом хорошо сказал художник Илья Кабаков, он поставил диагноз нам и нашему времени: «Когда мы боролись с коммунизмом, - говорил он, - мы были вместе. Мы были красивые. И вот мы победили коммунизм, это чудовище - оглянулись, а вокруг крысы. Полно крыс. Как бороться с крысами мы не знали. Этого опыта у нас не было. Не было его и в нашей культуре.»

И крысы победили нас. Запрятанное внутри человека всё, что в нас есть, кроме идеи, вышло наружу, сила о которой мы не догадывались, подчищала человека.

Много ездила по бывшему Советскому Союзу... В Москве и Петербурге я слышала: «Коммунизм умер», а стоило отъехать 200–300 километров от столицы, там говорили другое: «Поднялся бы Сталин. Нам нужен Сталин. Железная рука нужна в нашей стране». Постепенно бюсты Сталина возвращались на место. Появлялись новые музеи Сталина. Книги о Сталине. Социализм умер, а люди социализма остались. Обиженные люди, потому что у них украли Россию. Россию разделили без них. Они искали спасения в прошлом.

И это прошлое стреляет сегодня в Украине. В страну медленно вползает путинский фашизм. Страна вернулась к тому, что умеет. Что умеет человек, который только что вышел из лагеря? Он умеет убивать и выживать в нечеловеческих условиях. Он не умеет жить. Варлам Шаламов писал, что лагерный опыт одинаково развращает и палача, и жертву. Это еще нам предстоит понять и пережить. Но одно мы поняли: свобода – долгий путь.

Первой пала моя маленькая Беларусь. Она оккупирована. Из Беларуси летят снаряды в Украину, поднимаются самолёты, которые бомбят украинские города, через нее идут русские танки к украинским границам... В Беларуси ремонтируют русскую технику после боёв, в госпиталях лечат раненых.

«Сталинская машина была историей, теперь это наша жизнь», - сказала мне русская студентка, бежавшая из России от ареста. Сталинская машина заработала быстро. Студенты доносят на профессоров, учителя предают учеников, учёных судят за шпионаж, за госизмену... За то, что человек вышел с плакатом «Нет войне!», вышел один и одиноко стоит в толпе, он все равно опасен. Система не любит сбоев.

Моя история «красного человека» продолжается. Ищу слова...
Пишу новую книгу:

как рождается фашизм? Кто его участники? А его участники и соучастники мы все – те, кто ещё недавно кричал на площади «Свобода! Свобода» и валил большевистские памятники вождей. Книга о том, почему и как это получается? С одними же и теми людьми...

Благодарю вас и верю, что в этом зале много моих единомышленников. Нас везде много, поэтому отступление демократии временное. Каждый из нас верит в это

Время нельзя победить.